

nassés. Y á los hijos de Gersón les salió de suerte y les tocaron trece ciudades de las tribus de Isacar y de Aser y de Neftalí y de la media tribu de Manassés en Basán. Y á los hijos de Merari, por sus parentelas, doce ciudades en las tribus de Rubén y de Gad y de Zabulón. Y dieron los hijos de Israel á los levitas estas ciudades con sus terrenos, como lo mandó el Señor por medio de Moisés, repartiéndolas á cada una por suerte. Estas ciudades eran entre todas cuarenta y ocho. Las ciudades sacerdotales más notables son: Hebrón, ó Cariath-Arbé; Caleb poseía el territorio, pero la ciudad era de los Sacerdotes, que por otra parte no la ocupaban toda entera; Davir, la antigua Cariath-Sepher, Gabaón y Anathoth, futura patria del profeta Jeremías.

Notemos de paso que la tribu de Leví se halló así dispersada por todo Israel, como Jacob lo había predicho y como Moisés lo había anunciado; únicamente Jehová fué su posesión.

Así dió el Señor á Israel toda la tierra que tenía prometida, con juramento á sus antecesores, y la poseyeron y habitaron. El Eterno les dió tranquilidad y reposo en sus contornos, según había jurado á sus padres; ni siquiera uno de sus enemigos osó resistirles; el Eterno les entregó á todos en sus manos. Ni una palabra de las que el Señor había pronunciado al pueblo de Israel fué vana en su promesa; todo fué cumplido al pie de la letra. Así se realiza y cumple siempre en la vida de los pueblos la palabra de Dios, cuando fieles al cumplimiento de los eternos mandatos de Aquel que es soberano y árbitro de los destinos de los imperios, no tienen éstos en su marcha otra estrella que la esplendorosa de lo alto, ni otra norma en su conducta que la norma de lo bueno, de lo justo y de lo santo. Por esta virtud, es el pueblo de Israel como el tipo y modelo, para enseñanza de los grandes problemas de la historia.

Después de la muerte de Saul, David fijó en ella su residencia, permaneciendo en la misma siete años y siete meses; y después de la muerte de Isboseth fué consagrado rey en presencia de todas las tribus de Israel.

Mas de ocho siglos hacia, que vencedor de cuatro reyes y salvador de cinco reinos, Abraham, estaba en pie bajo una encina en el valle de Hebrón, sirviendo él mismo á sus tres huéspedes; más de ocho siglos hacia que uno de aquellos divinos huéspedes, que según la común interpretación de los Padres, nos hace creer fuera el mismo Hijo de Dios, le anunció que de Sara su mujer, entonces ya anciana y estéril, habían de nacer reyes, y que en uno de su raza serían bendecidas todas las naciones de la tierra. Este mismo valle de Hebrón presenciaba el cum-

plimiento de estas promesas; veía al segundo rey de Israel cuando estaba á punto de subir al trono, á David, consagrado rey por un profeta, siendo él mismo profeta, futuro vástago de una larga sucesión de reyes, pero principalmente de aquel, que siendo Señor de reyes y profetas, se llamará sin embargo el hijo de David y el hijo de Abraham, y en quien después de dieciocho siglos son benditas todas las naciones de la tierra.

La tribu de Judá, á quien siete siglos antes Jacob había predicho que su cetro no le sería arrebatado, que el jefe, legislador no nacería de sus descendientes, hasta que viniese el que había de ser el Mesías, el Cristo, esperanza de las naciones; la tribu de Judá fué la primera en reconocer por rey al ascendiente del Mesías. «Los hombres de Judá, dice la Escritura, vinieron á Hebrón y consagraron allí á David rey sobre la casa de Judá.» Aquí se ve, como en la historia de Saul, la verdad de lo que dice Bossuet, de que la soberanía de los reyes de Israel, no es de tal manera de Dios, que no sea también del consentimiento de los pueblos.

El primer acto del nuevo rey fué un acto de generosidad, tan sabio como noble. Habiendo sabido que los hombres de Yabes-Galaad habían sepultado á Saul, les envió mensajeros para que les dijese: «Benditos seáis de Jehová, vosotros que habéis usado de esta misericordia con Saul, vuestro Señor, y le habéis sepultado. Ahora, pues, Jehová os recompensará vuestra misericordia y vuestra fidelidad, y yo mismo os recompensaré también la acción que acabáis de ejecutar. Confortense vuestras manos y sed hombres de valor, porque si ha muerto Saul, nuestro Señor, también la casa de Judá me ha ungido á mí por su rey, y yo sabré defenderme contra nuestros enemigos.»

Todo el reino de Saul, después de la muerte de ese príncipe, pertenecía á David. Dios era, no solamente el dueño absoluto por su dominio soberano y universal, sino también el propietario por sus títulos particulares sobre la familia de Abraham y sobre todo el pueblo de Israel. Habiendo, pues, dado Dios este reino entero á David, á quien había hecho consagrar por Samuel, no es posible dudar de su derecho, y sin embargo, Dios quería que conquistase en cierta manera aquel reino, que le pertenecía con tan justo título.

Este derecho de David había sido reconocido por todo el pueblo y por la familia de Saul. Jonathás, hijo de Saul, dijo á David: «Yo sé que reinarás sobre Israel y que yo seré el segundo después de tí, y esto mi padre no lo ignora.» En efecto, el mismo Saul, en uno de sus buenos momentos, había hablado á David en estos términos: «Como sé que

reinarás seguramente y que vendrá á tu mano el reino de Israel, júrame que conservarás los restos de mi raza.» De esta suerte, el derecho de David era siempre constante.

Lo que retardó algo el cumplimiento de la voluntad de Dios, fué que Abuer, hijo de Ner, que comandaba los ejércitos de Saul, hizo valer el nombre de este príncipe, y puso á su hijo Isboeth sobre el trono por espacio de siete años, mientras que David reinaba en Hebrón, sobre la casa de Judá.

Por cierto y reconocido que fuese el derecho de David, y aunque faltara á su rival la primera condición para ser rey legítimo en Israel, que era haber sido elegido de Dios, no cesó de sus prerrogativas en la guerra que tuvo lugar por economizar la sangre de sus ciudadanos. Por aquel tiempo, los filisteos, enemigos del pueblo de Dios, nada hacían, y David no tenía que temer por parte de los extranjeros; así, que no metió mucha prisa á Isboeth, y le dejó dos años tranquilo, sin producir movimiento alguno. La guerra se encendió después, pero sin que al principio tuviese grande importancia.

De Mahanaín, ó el Campo, lugar así llamado por Jacob del otro lado del Jordán, en el que el hijo Saul había sido reconocido rey, y donde había fijado ordinariamente su residencia, Abuer, hijo de Ner, y los servidores de Isboeth vinieron á Gabaón, ciudad de la tribu de Benjamín, no lejos de las fronteras de Judá. Joab, hijo de Servia, y los servidores de David, marcharon contra él, y se encontraron cerca de la piscina de Gabaón, en cuyos dos diferentes lados estaban acampados unos y otros.

Entonces Abuer dijo á Joab: «Que se levante nuestra juventud y pelee á nuestra presencia; peleen hasta en combate singular como se hacía más tarde en los torneos de la Edad Media. Joab respondió: «Levántense, pues, y que peleen.» Al punto de la parte de Isboeth se levantaron doce, y otros tantos de la parte de David. Luego se decide el combate, quedando por aquéllos la victoria, y dando muerte á todos sus adversarios, que cayeron muertos unos sobre otros. Pronto se les dió la recompensa, llamando á aquel sitio el Campo de los Valientes en Gabaón. Quedóle el título en memoria de una acción tan determinada.

La muerte de aquellos doce valientes fué seguida de un rudo combate, en el cual Abuer y las tropas de Israel fueron derrotadas. En la derrota, Asael, uno de los hermanos de Joab, que se fiaba en la ligereza de sus pies, más veloz que los siervos que habitan en los bosques, perseguía á Abuer sin volverse ni á derecha ni á izquierda, marchando

siempre sobre sus pasos. Abuer miró un momento atrás, y le dijo: «¿Eres tú, Asael?» «Yo soy», respondió. Abuer prosiguió: «Vé á derecha é izquierda, y coge uno de aquellos jóvenes y toma para sí sus despojos.» Pero Asael no quiso abandonarle. Abuer repitió entonces. «Retírate, te lo ruego, y cesa de perseguirme, porque me obligas á que yo te hiera y te deje pegado en la tierra. ¿Y cómo podré yo después de esto levantar los ojos delante de tu hermano Joab?» Asael despreció sus palabras. Abuer, pues, volviendo su lanza le hirió, pasándole de parte á parte. Murió al momento de la herida que le había causado, y todos los que por allí pasaban se detenían para ver Asael tendido sobre el suelo.

No era posible guardar más moderación en su perversidad que guardó Abuer, uno de los hombres más valientes de su época, para con Asael y Joab.

Este mismo espíritu de moderación se ve en el resto de la guerra. Joab y su hermano Abisai persiguieron á Abuer hasta ponerse el sol, cuando éste, desde una altura donde se había rehecho con las tropas que le quedaban más adictas á la casa de Saul, y que eran las de la tribu de Benjamín, dijo á Joab: «¿Heriré tu espada hasta el exterminio? ¿Ignoras tú que la desesperación es peligrosa? ¿No es tiempo ya de que diga el pueblo que deje de perseguir á sus hermanos?» Joab no deseaba menos; así es que no bien hubo oído estas palabras de Abuer, cuando le dijo: «Vive Dios, que si hubieses hablado antes al pueblo, desde la mañana hubiese dejado de perseguir á su hermano.» Tocó en seguida á retirada, y el combate, que había durado hasta la tarde, cesó al instante.

Se ve por aquí que en ellos dominaba el espíritu de economizar en lo posible la sangre de sus hermanos, es decir, la de las tribus procedentes de Jacob.

Este fué el único combate memorable que se libró; y por rudo que fuera, es lo cierto que no se contaban entre los muertos más que diecinueve hombres de la parte de David, y de la de Abuer, aunque derrotados, sólo trescientos sesenta.

Es de observar también que David no fué nunca en persona á esta guerra, para que la presencia del rey no empeñara un combate más general. Este príncipe no quería manchar sus manos con sangre de sus súbditos, y economizaba tanto como le era posible los restos de la casa de Saul, por respeto á Jonathás. No fueron más que encuentros de escasa importancia, en los que, como David se iba haciendo cada vez más poderoso, mientras que la casa de Saul iba cada día disminuyendo, creyó que era mejor irse dejando caer por sí misma que perseguirla de

muerte. Todo corría en el partido de Isboeth, bajo el sólo crédito de Abuer. David no tuvo que hacer más que aprovecharse, como lo hizo, de los descontentos, á quienes recibía todos los días, de un señor tan débil como altanero. Saul había tenido una concubina llamada Resfa, hija de Aya. Y dijo Isboeth á Abuer: «¿Por qué has entrado á la concubina de mi padre?» Abuer muy indignado de las palabras de Isboeth, dijo: «¿Acaso soy yo hoy una cabeza de perro respecto á Judá, porque he hecho misericordia con la casa de Saul, de su padre, y con tus hermanos y parientes, y porque no te ha entregado en manos de David, y tú has buscado hoy en el bosque para acusarme por causa de una mujer? Esto y aun más haga Dios á Abuer, sino hiciese por David lo que el Señor le prometió con juramento. Que sea trasdaado el reino de la casa de Saul, y que el trono de David sea elevado sobre Israel y sobre Judá, desde Dán hasta Bersabée.» Y no le pudo responder nada, porque le temía. Envió, pues, Abuer, mensajeros á David para que le dijeran de su parte: «¿De quién es la tierra?» Y añadieron: «Haz amistades conmigo, y mano á mano seré contigo y haré que vuelva á ti todo Israel.» David respondió: «Muy bien; yo haré contigo amistades; mas una cosa te pido; no verás mi rostro sin que me traigas primero á Micol, hija de Saul.» En su consecuencia David envió mensajeros á Isboeth para que le dijeran: «Devuélveme mi mujer Micol, con quien yo me casé merced á haber herido á cien filisteos.» Mandó, pues, Isboeth para que se la quitaran á su marido Faltiel, hijo de Lais, quien la siguió llorando hasta Bathurim, donde Abuer le dijo: «Vuélvete» y él se volvió.

Abuer había dirigido la palabra á los ancianos ó senadores de Israel, diciéndoles: «Ayer, como antes de ayer, deseabais que David reinase sobre vosotros; ahora, pues, podéis realizar vuestros deseos, porque el Señor ha hablado de David, diciendo: «Por mano de David, mi siervo, yo salvaré á mi pueblo de Israel de manos de los filisteos y de todos sus enemigos.» Abuer había también hablado á Benjamín. Después acompañado á Micol, se marchó á Hebrón para decir á David lo que parecía bien á Israel y á toda la casa de Benjamín.

David dió un banquete á Abuer y á los veinte hombres que con él estaban. Abuer dijo entonces á David: «Yo hiré y reuniré á tí, señor y rey mío, á todo Israel; y haré contigo alianza y reinarás sobre todos, como lo desea tu alma.» David le despidió de una manera honrosa y amigable. Apenas hubo él salido, cuando llegó Joab con los servidores de David, después de haber dado muerte á unos ladrones y apoderándose de un gran botín. Y Abuer no estaba con David en Hebrón, porque

le había ya despedido y él se había ido en paz, y Joab y toda la tropa que estaba con él llegaron después; mas no faltó quien diese la nueva á Joab y le dijese: «Abuer, hijo de Ner, ha venido á hablar al rey, y éste ha salido á despedirle y se ha ido en paz.» Y presentóse Joab al rey y le dijo: «¿Qué has hecho? Acaba Abuer de venirse á tí: ¿por qué le has dejado ir, y se ha marchado y retirado? ¿No conoces á Abuer, hijo de Ner, que ha venido á tí con el fin de engañarte, y de saber tus entradas y tus salidas, y de sondear todo cuanto haces?» Después, habiendo salido de la presencia de David, envió mensajeros para que siguieran á Abuer, y le hicieron volver desde la cisterna de Sira sin que David lo supiera. Y cuando Abuer hubo vuelto á Hebrón, Joab le llevó aparte al medio de la puerta para hablarle con engaño; y una vez allí, le hirió en la ingle y le mató, vengando así la muerte de su hermano Asael.

Abuer era irreprochable bajo este punto de vista. Quizás no fuera tampoco la muerte de Asael el principal motivo de este asesinato, concertado entre Joab y su hermano Abisai. La ambición será la principal causa. El mismo Abuer era también en el fondo un ambicioso, que sin ser malo, por lo demás no buscaba más que su propio interés. Sabía muy bien á la muerte de Saul, que todo el reino pertenecía á David. Sin embargo, le presenta en oposición á Isboeth, porque contaba reinar en su nombre. Quizás también su comercio ó su matrimonio con la concubina de Saul, tuviera alguna mira relativa al trono. Cuando le dirigen algún reproche, responde de parte de David, reconociendo que éste es el legítimo rey, pero antes de declararse quiere entrar en tratos á fin de asegurarse las mismas ventajas que bajo Saul. Joab no menos ambicioso, aunque más malo, temiendo ser suplantado, le da muerte; la ambición del primero es castigada por la maldad del segundo.

Cuando David tuvo noticia de este asesinato dijo al punto: «Para siempre seré inocente delante del Señor, y conmigo todo mi reino, de la sangre de Abuer, hijo de Ner. Caiga su sangre sobre Joab y sobre toda la casa de su padre. No falte nunca en la casa de Joab quien padezca vergonzosos flujos, ni leprosos que tengan necesidad de un palo para su apoyo, ni quien muera á cuchillo, ni quien esté falto de pan.»

Las circunstancias de los tiempos por que corría aquel tan poco fuerte y estable reinado no permitían á David dar el cumplido castigo á Joab, que tanta falta le hacía y tan importantes eran sus servicios. Lo que pudo hacer, por lo que respecta al asesinato de Abuer, fué decir según dijo á todo el ejército y á Joab: «Rasgad vuestras vestiduras, y ceñíos de sacos, llorad en los funerales de Abuer.» El mismo David